

çes á Carvajal é á los de su real, diciéndoles que por amor de Dios le matassen é no hiçiesen tan grand crueldad en él: que seria causa de desesperarse á causa de la mucha nieve é frio que caia sobre él; é Carvajal mandó que lo dexassen assi estar, é á la mañana fué á él é hallólo quassi sin habla, é para aliviarle de su trabaxo, mandóle dar un garrote, é allí lo dexó muerto.

El capitan Diego Çenteno caminó con sus soldados hácia el Cuzco, que está çiento y treynta ó çiento y quarenta leguas, é algunos por llevar los caballos fatigados se quedaban, é otros se escondian, pareçiéndoles que yban desbaratados é que si Carvajal los topaba los haria quartos, como lo acostumbraba. É tantos se le quedaron á Çenteno, que no le quedaron sino sessenta ú ochenta hombres. Pareçiéndole que no era parte con ellos para entrar en el Cuzco, acordó de enviar un capitan suyo de arcabuçeros, llamado Diego de Rivadeneyra, con quinze soldados á tomar un navio que estaba en un puerto que se diçe Arica, é lo llevasse á otro que se llamaba Arequipa, que está el uno del otro çinquenta leguas, é que los que con él yban se meterian en él é se saldrian de la tierra: é dió Çenteno á Rivadeneyra çierta seña para que en viendo que se la hacian de la tierra, se llegasse á la costa con el batel é no de otra manera.

Francisco de Carvajal siguió á Çenteno con tanta diligencia, que desde á tres ó quatro dias le tomó nueve soldados, é á todos los ahorcó juntos; pero aunque los mataba, no le impedía para que se estorbasse en el caminar.

Llegó el capitan Çenteno al puerto de Arequipa, donde creyó hallar el navio, é no avia llegado, é creyendo que por ventura no se avia podido tomar, é sabiendo Çenteno quel Carvajal lo seguia; habló á los que con él avian llegado hácia la mar,

é no sin lágrimas dixo que les rogaba que todos se dividiessen en pequeñas quadrillas é se escondiessen é tuviessen aviso de saber donde se levantaban.

Çenteno se apartó con solo un criado suyo; el maestre de campo Lope de Mendoza llevó diez; Alonso Perez Castillo con otros pocos; Luis de Rivera llevó otros siete ú ocho consigo, y en fin todos se dividieron, sin saber los unos donde yban los otros; é acabados de se apartar del puerto, llegó á él el navio, y en él el capitan Rivadeneyra; é luego el Francisco de Carvajal, siguiendo el alcance (que avia desde donde lo començó á seguir más de çiento é veynte leguas) é sabia de los que avia tomado cómo avia Çenteno enviado á tomar el navio. Y en llegando, le mandó tirar á çiertos arcabuçeros é cavar, pensando que era aquella seña de Çenteno; pero como era otra, no acudió Rivadeneyra, é viendo esto Carvajal, le envió unos indios en una balsa con una carta de seguro para él é su gente, é prometióle muchas cosas, si se viniessen á meter debaxo de su mano; pero Rivadeneyra, como buen servidor del Rey, le respondió que no seguia él á tiranos. Avia en aquel navio dos ó tres mill bulas que llevaban á Chile, y envióselas todas Rivadeneyra á Carvajal, diciendo que se las enviaba porque segun sus pecados é maldades las avia menester para asolverse, é luego Rivadeneyra se hiço á la vela, é vino á desembarcar á Guatimala con su gente para esperar allí lo que subçediesse é Su Magestad mandasse, é sirviendo allí guardando aquella costa.

Con aquella muestra que hiço Diego Çenteno de yr al Cuzco fueron allí á dar aviso dello algunos chripstianos é indios que avia por ahí, espías de Alonso de Toro; é luego que se supo que Çenteno yba, creyendo que con victoria, salió huyendo de la cibdad con quinze ó veynte ami-

gos suyos la via de Lima, é los que quedaron en el Cuzco apellidaron en nombre del Rey é de Çenteno en su real nombre, porque ya tenian nueva quel visorey era muerto. Y el obispo del Cuzco fray Johan de Solana habló á todos los veçinos é soldados, é hiço juntar los alcaldes é alguacil mayor, y eran alcaldes Martin de Salas é un tal Mançano y el alguacil mayor Johan Baptista; y estuvo la cibdad por el Rey dos ó tres dias hasta que se supo quel capitan Çenteno yba huyendo é desbaratado. É con esta nueva volvió Alonso de Toro á la cibdad é ahorcó á Martin de Salas, el alcalde nuevo, y el otro alcalde Baptista se escapó huyendo. Este Alonso de Toro supo en el Cuzco cómo el visorey era muerto é hiço muchos regocijos, é porque el obispo queria hacer honras funerales por el visorey, envióle á decir Alonso de Toro que juraba á Dios que si las mandaba hacer de aborcarle é á qualquier clérigo ó frayle que le dixesse missa.

Como Francisco de Carvajal vido yr el navio de Rivadeneyra, é no supo por dó iba Çenteno é su gente, recogió él la que tenia, é volvió á los Chalcas á goçar de unas minas de plata muy ricas que avia descubiertas, é llevó dosçientos é çinquenta hombres, y envióslos á un pueblo de indios, que se diçe *Cotabamba*.

Lope de Mendoza, yendo á unos indios suyos que tenia en término de los Chalcas, con diez ó doçe hidalgos que le seguian de los de Çenteno, topó con çiento y çinquenta hombres que salieron de una entrada que avian ydo á hacer dos años avia, é por ser gruessa la tierra y ellos pocos dieron vuelta. Era su capitan dellos un veçino del Cuzco llamado Nicolás de Heredia, é todos venian bien aderesçados de armas é caballos, é Lope de Mendoza les dixo todo lo subçedido en la tierra, é cómo Gonçalo Piçarro la tenia usurpada á Su Magestad, é que le avia

muerto á su visorey é otros muchos veçinos é soldados; que despues Carvajal desbarató á Çenteno; é tambien les dixo que si ellos eran servidores del Rey ó le querian servir, quel tiempo era aparejado; el qual tenia ochenta mill ducados que les repartir, é púsoseles delante para que comprassen ó hiçiesen dellos lo que quisiessen. El capitan Nicolás de Heredia le dixo qué venia por capitan general de aquella gente; pero porque via que Lope de Mendoza hablaba como buen cavallero, é como tal avia servido á Su Magestad, él se meteria con todos los que traia debaxo de su mano, y ellos moririan por restituыр al Rey su tierra. É todos los que allí venian dixeron que no querian nada de los ochenta mill ducados, sino morir haciendo lo que debian, é que para ello se metian debaxo de la mano de Lope de Mendoza, como su capitan Heredia lo mandaba, é quél ordenasse lo que se debia de hacer, porque con entera voluntad seria obedesçido de todos.

Lope de Mendoza se lo agradesció mucho, é ordenó la gente é fué sobre Francisco de Carvajal, que estaba muy çerca; é acometiéronle sessenta arcabuçeros é otros tantos piqueros: acometió Mendoza con tan grand impetu, que metió gente en el real; pero al entrar le mataron muchos. É aquella noche mudó Carvajal tres ó quatro capas de colores diferentes, por no ser conosció de su gente, porque se temia más della que de la contraria; pero no pudo disfracarse tanto que uno de los suyos no le conosciesse, é tiróle un arcabuçazo; é como siempre el diablo le ayudaba, no le açertó sino muy poco, y en parte donde no fué nada la herida. Y viendo Lope de Mendoza que por allí no podia entrar, hiço retirar, é retirándose passáronsele un soldado ó dos de los de Carvajal, é dixéronle que todo el fardage que Carva-

jal tenia quedaba atrás, quatro leguas de allí, é que fuesse á tomallo: é assi fué luego Lope de Mendoça é lo tomó; pero llevaba quassi toda su gente desbaratada é algunos heridos.

Luego Carvajal, como se apartó Mendoça, mandó que los suyos cabalgassen é siguiessen trás él, é assi lo hicieron, é tornaron á cobrar su fardage é algunos soldados; é otro dia á media noche alcançaron á Lope de Mendoça é le dieron dos ó tres heridas. Dixose que le hirieron algunos qué llevaba, é otros dicen que tres ó quatro soldados de Carvajal; pero lo que se tuvo por más cierto, fué que yendo á pié y el caballo de diestro, llegaron á ellos los soldados de Carvajal; é como supieron que era el que yba á pié, se apearon con las lanças, é Lope de Mendoça se defendió un rato con la espada, pero no pudo tanto que se le dexasse de dar tres ó quatro lançadas, de que lo dexaron por muerto; é de ahí á un rato llegó Carvajal é le dixo:—«Señor capitán Lope de Mendoça, hábleme Vuestra Merçed, que bien sé que traia pensado darme la más cruel muerte que pudiesse; mas yo le digo á Vuestra Merçed que pensaba yo otro tanto, é assi lo efettuaré». Lope de Mendoça estaba caydo é no respondia cosa alguna, é luego llegó un atambor de Carvajal, que tambien le servia de verdugo, que se llamaba Peña, é dixole Carvajal:—«Peña, cortadle la cabeça al señor Lope de Mendoça». Y el verdugo llegó á cortarla, é le dixo:—«Señor Lope de Mendoça, encomendaos á Dios, que os quiero cortar la cabeça». Y él respondió:—«Haz lo que has de haçer: que en esso estoy entendiendo». É assi se la cortó, é despues de cortada, la dió Carvajal á su maestre de campo Dionisio de Bobadilla, é mandó que la llevasse á la cibdad de Arequipa é la pusiesse en la picota; é assi la puso é no se quitó de allí. É hay desde esse pue-

blo á donde se la cortaron más de ciento é treynta leguas.

Notad, lector, la buena criança por escarnio de las buenas palabras de Carvajal con aquel cavallero en tal tiempo dichas por más ofenderle. Muchas poquedades pueden colegirse dichas é obradas por esos tiranos é su cabeça. Passemos á lo demás.

En este alcançe prendió Carvajal á muchos, é cortó la cabeça al capitán Nicolás de Heredia é á otro soldado que se llamaba Johan García, é otros soldados se huyeron que aun no han paresçido, é algunos perdonó; é tiene todavia en los Chalcas dosçientos hombres de guarda, sin darles paga. Y es fama que ha sacado de las minas de plata más de dosçientos mill ducados ó castellanos, é traia consigo más de otros cient mill que avia avido de haciendas de muertos, é sin justicia é con sus crueldades é de pechos que ha echado á toda la tierra, só color de substentar la guerra por Gonçalo Piçarro.

Desde á quatro ó çinco meses que fué dada la batalla en Quito, salió de allí Gonçalo Piçarro, é dexó repartidos los indios que tenian los veçinos de allí que siguieron la voz de Su Magestad, é diólos á soldados que se hallaron con él en la muerte del visorey; é los repartimientos que solian servir á unos, diólos á dos ó tres, é mandóles á esos á quien los dió que hiçiesen compañía de dos en dos, é quel uno de los compañeros residiese con los indios, é quel otro anduviesse con él siempre.

Salió de Quito con quatroçientos hombres é llegó con todos á Tomebamba, que çinquenta leguas de aquella cibdad; é allí dividió de sí dos capitanes con más de dosçientos é çinquenta hombres, y envió cada uno por sí porque conquistassen ciertos indios que avia en comarca, é mandóles que si oviesse aparejo de po-

blar que poblassen, con tal aditamento que fuesen tan çerca que todas las veçes que fuesse menester hallarlos, le acudiesen y estuviessen prestos. É quedóse Gonçalo Piçarro en Tomebamba con çient hombres, poco más ó menos; y estando allí subçedió en Quito una cosa notable, é por la grande alteraçion que Gonçalo Piçarro rescibió, mandó que no se publicasse; pero al fin se supo algo, é fué que un dia, á medio dia, se eclipsó el sol é se hiço una nube muy grande en el lugar donde fué puntualmente la batalla, y en la nube estaba formado un leon, muy visible é çercado de mucha gente de caballo é de pié é muchas armas, é toda essa imagineria en el cuerpo de la nube, é tan çerca de tierra que paresçia no estar más alta que los tejados; é junto, cabe ella, se formó otra nube pequeña con otro leon dentro della, pero no tanto ni con mucho tan grande el leon ni tan fiero el leon como el otro. É ambas nubes con esos esquadrones se pusieron ençima de la cibdad, é la una con la otra pelearon, é quedó el leon grande con su gente por vençedor de la nube pequeña, é la consumió con todo lo que traia. Ha seydo esto tan público en toda la tierra, que lo truxeron é tomaron por testimonio de ciertos escribanos á Gonçalo Piçarro á Tomebamba; é para acabarse de certificar desto, don Alonso de Montemayor dice en esta su relaçion, qué lo preguntó á dos frayles dominicos que estaban con Gonçalo Piçarro é hartos sus amigos, é ser lo que dicho puntualmente. É dice que los frayles se decian, el uno fray Alonso de Montenegro, y el otro fray Luys de la Magdalena. É que otros muchos dicen que quando se juntaron las nubes, se oyó decir «viva el Rey», é que cayeron en tierra algunas gotas de sangre, é que de espanto se amortescieron muchos de la cibdad é murió uno ó dos. Dice el chronista que al presçio que

ovo esta relaçion la dá, é libra al lector en don Alonso; é á quien quisiere saber muchas cosas de portentos remite á las Décadas de Tito Livio é á Dionisio Halicarnaseo en el IV libro de sus historias. Pero no dexando de verse en las nubes muchas figuras que bastan á los ligeros é vanos hombres para más desvanesçerlos, si dexan de entender que son naturalmente causadas del viento, é con él en breve passan. Pero como esta tirania de Gonçalo Piçarro é sus crueldades le haçen tan odioso méritamente, no me maravillo que se juntassen esos portentos; é los aurispiçes é adivinos, que nos los han de declarar con su castigo, no han de ser las nubes, sino la justicia divina é humana, pues á entrambos gladios se ha desacatado é atrevido: lo qual con el tiempo se nos manifestará con su fin. Tornemos al camino.

Gonçalo Piçarro salió de Tomebamba con hasta cient é çinquenta hombres, é fué camino de Lima, y envió delante mensajeros á todos los pueblos del reyno que estaban poblados de chripstianos, para que enviassen sus procuradores á Lima, porque entendia en breve tiempo ser allá é consultaria con ellos cosas importantes.

Creiase de todos, segund vian su clara tirania, que Gonçalo Piçarro mandaba haçer esta junta de procuradores é de tres obispos, que eran el del Cuzco é Lima é del Nuevo Reyno de Bogotá, que traia consigo, que era para haçerse coronar por rey, é assi lo decian público sus seçaçes, como hombres que lo desseaban; é aun no lo dudaban los servidores de Su Magestad, viendo quán á la clara haçia é ha hecho sus tiranias. É dice don Alonso que lo qué cree no es sino que al presente no quiere más de desconosçer á su Rey, hasta que esté más pujante, porque pocos hay tan dañados de los que le siguen, que no pretendan que Su Ma-